

TRAGEDIA.

EL INOCENTE
CULPADO.
EN CINCO ACTOS.

ACTORES.

Don Fernando.

Don Carlos.

Don Placido, Cavallero rico y anciano.

Don Dionisio, Padre de D. Fernando.

Don Narciso, joven petimetre.

Doña Isabel, hermana de Don Car-

*



los, y amante de Don Fernando.

Doña Leonor, muger de Don Carlos.

Juana, criada.

Un Alcalde mayor.

Un Escribano.

Un Alcayde.

La Scena se figura en la ciudad de Palma, Reyno de Mallorca.

ACTO I.

SCENA I.

Estrado con luces. Doña Leonor y Don Placido sentados.

Leo. Señor Don Placido, no desconfie Vsted; le empeño mi palabra: Isabel será su esposa, ò yo dejaré de ser quien soy.

Plac. Ah! Señora, quan en vano procura alentar mi confianza con su mediacion. Soy poco afortunado para poder comprometerme esta dicha.

Leo. ¿Será acaso el primero que ha logrado en una edad avanzada el enlace con una Señorita de pocos

años? cada dia nos ofrece el mundo femejantes espectaculos. La nobleza y el rico mayorazgo de Vsted no sō bastantes para suplir el defecto de su vejez; si es que este, en los hombres se puede llamar defecto?

Plac. Es verdad, Doña Leonor, que soi algo viejo; pero aun tengo animo para sostener la carga del matrimonio, tanto mas pesada, quanto menos se saben sobrellevar con paciencia sus obligaciones.

Leo. Una muger hermosa, una consorte prudente hace suave con sus ahagos y conducta la pesadez del yugo nupcial. Creame Vsted; con mi cuñada será feliz y vivirá contento, sin que tenga que envidiar

A

la

la fortuna á otro hombre del mundo. Ella es de un genio docil; se dexa llevar có facilidad hácia lo bueno: no es vana. Baxo de un semblante placentero mantiene un corazon sencillo, sin falsedades, ni doblezes. Aunque joven, y de un rostro nada feo, no es presumida: aborrece la altivéz, y ama sola la virtud: la modestia y suavidad son el caracter de esta muchacha, con la que no quiso la naturaleza escafear alguna de sus gracias.

Plac. La pintura que U^{ted} acaba de hacerme de sus perfecciones, inflama mas mi deseo, y desanima del todo mi voluntad. Con tantas prendas, será en vano ceér que Doña Isabel se quiera entregar en manos de un hombre anciano, que aunque sepa quererla y estimarla como se merece, nunca ha de poder complacerla enteramente. Ah! una Señorita de estas circunstancias apetecerá sin duda, que complete su felicidad un joven de quinze años: alguno de estos petimetres, que embelesan con sus galas y compostura.

Leo. Qué disparate! estos que U^{ted} dice son buenos para cortejos y no para maridos. La muger q^{ue} es prudente, apetece para su esposo uno que sepa gobernar su hacienda, y dirigir con acierto la familia: á mas de que los mocitos suelen querer á sus mugeres, mientras duran los primeros ardores de la novedad. Satisfecha esta, van á acrecentar su fuego en otra llama, malgastando en nuevos empleos tal vez el caudal propio de sus confortes. Un hombre sossegado y rico siempre merece el pri-

mer lugar del bello sexo. Nuestra ambicion se ceba en las galas; el equipage y demás que contribuye al lucimiento, no es corto atractivo para una muger; ó sino vuelva U^{ted} los ojos por todas partes, y verá semejantes enlaces. No tema U^{ted} le digo otra vez, Isabel será suya. ¿Quién será capaz de disputarle esta fortuna?

Plac. Ah! y que mal haria yo una vez que U^{sted} me favorece tanto con su proteccion en encubrir la el motivo de mis desconfianzas!

Leo. Pues explíquese U^{sted} sin reserva: con toda ingenuidad puede descubrirme sus mas intrinsecos sentimientos, fiado de que será esta misma confianza un nuevo motivo para procurarle su alivio con mi mediacion.

Plac. Los zelos, Señora, son los tiranos de mi passion. Un Rival, si; un Rival afortunado es el que introduxo en mi alma el temor y la desconfianza. Don Fernando...

Leo. Qué decis?

Plac. Don Fernando de Gamboa, mozo galan, de un distinguido nacimiento, es el amante venturoso de Doña Isabel.

Leo. Don Fernando! aquel, que quando yo era soltera pretendia mi mano?

Plac. El mismo, Señora; este ha sabido encontrar el camino de enamorarla, y no hai duda en que la pretende por esposa.

Leo. ¡Mas este es enemigo declarado de mi casa! ¿cómo puede aspirar á semejante boda, quando nos tiene tan ofendidos con la prosecucion de

un pleito que tan infundida, como temerariamente fomenta, pretendiendo desposeer à mi marido de una porcion mui considerable de su patrimonio?

Plac. En este mismo pleito puede ser que funde sus esperanzas; pues casandose con Doña Isabel, quizá así se conseguiria terminarlo sin los tramites de justicia.

Leo. Yo bien sé, que es un Cavallero muy instruido y muy galan, que no hai nada que decir en quanto à su nobleza, pues es de la misma sangre que mi marido; pero con todo no hará mas que cansarse con semejante sollicitud. Nunca he de consentir que mi cuñada se case con un hombre tan pobre, que apenas tiene con que sustentarse à si y à su anciano padre, que son las dos personas, que componen su familia. Ah! no lo he de permitir, y menos se allanará à ello mi marido. No; Don Carlos no querrá sacrificar à su hermana. Isabel no será tan inconsiderada, que se entregue à las manos de un galan tan menesterofo, que no la puede tratar con el lustre que requiere su calidad: acostumbrada à vivir entre el esplendor de mi casa, sería una desesperacion contemplarse reducida à la estrechez de una familia pobre y desvalida. No; no tema Usted; Don Carlos, q̄ es de un genio brillante y altivo, que se halla agraviado de su primo Don Fernando, hará quantos esfuerzos quepan para que no se execute este designio que tanto à Usted le atormenta.

Plac. Quedo ya persuadido de quanto

Usted me dice; mas aqui llega Don Narciso: mudemos de conversacion.

S C E N A II.

Don Narciso, y los dichos.

Leo. Oh Señor Don Narciso! tan tarde? qué es esto? qué ocupacion ha tenido Usted? alguna cita sin duda, alguna cita. Qué no habla? vaya, dígame Usted, ¿que niña viene Usted de ver à estas horas? ha hecho Usted alguna nueva conquista? ah! si; al salir del teatro habrá encontrado alguna conveniencia, y habrá pillado: no es así?

Narc. Quando Usted lo dice, naturalmente lo sabe.

Leo. Que mal humor trae: que, ¿le han dado à Usted algun petardo?

Narc. Si, si, petardo ha sido, Usted fué.

Leo. Cómo? yo?

Narc. Si; Usted à todos hace cara; à nadie niega su conversacion: aun con los viejos se divierte.

Leo. Vaya Señor zeloso, ahora le entiendo.

Plac. Señora, con su permiso me retiraré à mi casa, que ya es hora. (¿Que trataràn allà entre los dos? estos jovenes relamidos me cansan mucho, me fastidian en extremo.)

Narc. Si, retirese Usted, que el sereno le haria mal. Es contrario à la vejez.

Leo. Usted es dueño. No quisiera incomodarle. Mañana venga Usted à verme.

Narc. (Qué rabia me dà: aun le com-bida para mañana.)

Plac. Está muy bien: queden Ustedes

con Dios. *Vase.*
Leo. Tenga Usted buenas noches.
Narc. Abur Cavallero. Tambien me voy.

SCENA III.

Doña Leonor y Don Narciso.

Leo. Detengase Usted.

Narc. Qué, ¿me quiere Usted dar satisfacion? no; no la admito mas: bastantes vezes me ha engañado.

Leo. ¿Con que finalmente para tener à Usted contento, ni con los viejos podré hablar? qué bueno es Usted? mi marido me dexa tratar con quien quiera, no me riñe; y Usted me maltrata, me sofoca, si me ve hablar aun con el criado: ¿quien vió un hombre mas zeloso?

Narc. Y Usted no? lo mismo es decir quatro palabras à su camarera, que quererme arañar. Si tardo un instante mas de lo regular, piensa que vengo quiza de donde:- Si estamos en una visita, no puedo ni siquiera saludar à las demas Señoras. Quando hay bayle, debo baylar con Usted continuamente. En el paseo es preciso que la dé siempre el brazo. En el teatro debo estarme con Usted en el Palco, y si quiero bajar à la Luneta, ya la parece que voi à hacer gestos à las comicas: lo mismo es alabar à alguna de ellas, q̄ decir soy su protector. El otro dia, que la graciosa sacó aquel vestido nuevo, llegó à asegurar que yo se le habia regalado, no mas que por haberme oido decir que cantaba el cavallo perfectamente. Con que vea Usted si es ò no mas zelosa que yo.

En fin los zelos en mi son hijos de un amor verdadero, y en Usted los produce no mas que el capricho y la vanidad de ser cortejada.

Leo. Es verdad que yo à veces sospecho de Usted con poco fundamento; pero esto proviene del merito que conozco en Usted: pues al verle tan petimetre y tan galan, me parece que todas las mugeres me le han de comer. Vaya mi Don Narciso, ya sabe Usted que es mi cortejo, y que yo no hago caso de otro hombre que de Usted.

Narc. Si; Usted me trata à mi porque no puede tratar con Don Fernando, à causa de que su marido no lo quiere.

Leo. Ciertamente Don Fernando es un Cavallero de prendas; me cortejó quando soltera; pero ahora:-

Narc. No lo dixé yo? alabele Usted mas: se muere por él: no le trata porque no puede.

Leo. Mas Usted es loco... pero mi marido llega.

SCENA IV.

Don Carlos y los dichos.

Carl. Leonor: Señor Don Narciso, buenas noches.

Narc. Tengalas Usted muy buenas, Señor Don Carlos.

Leo. Esposo mio, ¿cómo tan temprano te retiras esta noche? qué, tienes alguna novedad? ¿ò has jugado y tal vez perdido, pues me parece que estás de mal humor?

Carl. No he jugado, Leonor: en la tertulia habia bastante gente, con que hemos pasado el tiempo en buena

ena conversacion.

Leo. Estaria sin duda allá Doña Theodora: ella es tu apasionada: ya me entiendes: te habrà dado un buen rato; por esto no tengo zelos; hiciste bien. No soy de aquellas mugeres del tiempo antiguo, que quisieran tener siempre à sus maridos al lado. Don Carlos, sientate; que tengo que hablarte de cierto asunto: no importa que esté delante Don Narciso, que èl ya es de casa.

Carl. Pero muger, repara que es muy tarde.

Leo. Todavía no son las onze. Mira, esta noche ha venido Don Placido de Oliver, antiguo deudo de nuestra casa, y me ha pedido eucarecidamente, que me empeñase contigo à fin de que le des por esposa à tu hermana.

Carl. Mientras ella esté gustosa, por mi no tengo nada que decir.

Narc. Es un Cavallero muy rico.

Carl. Pero es muy anciano.

Leo. Eh! no importa esto: para marido quanto mas viejo, mejor.

Narc. Si; esto poco importa.

Carl. Bien está: mañana lo diré à Isabel.

Leo. Pero has de tener entendido primero, que ella se quiere casar con otro, y aun dicen si está empeñado.

Carl. Como; sin que yo lo sepa?

Leo. ¿Y si supieras quien es el sugeto à quien se quiere entregar?

Carl. Quièn? algun hombre plebeyo?

Leo. Aun peor: està perdida en extremo por Don Fernando de Gamboa, ese enemigo capital de nuestra casa.

Carl. Habrà mayor infamia! la matarè

primero que execute este desacierto. ¿Donde està la atrevida? ¿à donde se esconde de mi?

Narc. Señor Don Carlos, sosieguese Usted.

Leo. Marido, que eres loco? esto quiere mas cordura.

Carl. Mañana la meterè en un Comento.

Leo. Es menester pensarlo bien, antes que se dé alguna campanada, que fuene por todo el pueblo. Las muchachas son muy delicadas en su reputacion, y de qualquier cosa sienten detrimento.

Narc. Esto quiere cachaza. Se ha de manejar el asunto con prudencia y agilidad. No hai cosa mas facil que hacerla desistir de la palabra; presentarla otro novio; y luego no piensa mas en el primero. Así me sucedió à mi. Yo, quando niño, quedé apalabrado con cierta Señorita, que no vive muy lejos de acá. Sus padres estaban reñidos con los míos; no quisieron condescender à nuestra boda. Se la llevaron à una casa de campo; la presentaron otro acomodo, y me despreció en el mismo punto.

Leo. Ah! ya lo sabia: conozco muy bien à esta buena pieza. Por esto aun no dexa Usted de quererla, y le oigo hablar de ella continuamente.

Narc. Yo, Señora:-

Carl. Baste; esta noche misma hablaré à mi hermana; veamos lo que responderá.

Leo. Marido mio, por Dios no hagas alguna locura; eres de genio tan vivo, que luego te enfadas. Vaya, no me des que sentir: ya sabes quan-

quanto te estimo.

Nacr. (Que así acaricie à su marido , y me diga à mi , que le aborrece y no le puede ver!)

Carl. No temas: por ti me reportare. *va.*

SCENA V.

Don Narciso y Doña Leonor.

Narc. Que tierna y amorosa es Usted!

Leo. Bueno : esto me gusta: ¿y aun llegará Usted à tener zelos de mi marido?

Narc. Si , ingrata ; delante de mi no quiero que Usted le trate de este modo: y despues me dirà que solamente me quiere à mi. ¿Cómo lo puedo creer , si veo que hace lo mismo con todos ?

Leo. En los demás es fingido lo que hago ; pero con Usted es verdadero el cariño que le manifiesto.

Narc. ¿Y quien me asegurará que esto sea así ?

Leo. El tiempo.

Narc. Ah! si ; que el tiempo fuele de- fengañar à muchos. Veamos lo que hará contigo : mas son las once dadas: vayase Usted à cenar , que yo me voy à mi casa.

Leo. Cuidado , que sea así ; no pase Usted por otra parte primero : mire que lo sabré: mas ya irá mi criado à acompañarle. Abur Don Narciso , hasta mañana. Mire Usted que le espero à tomar chocolate. *Vanse.*

ACTO II.

SCENA I.

Isabel y Juana.

Jua. ¿A quien no ha de admirar su re-

tiro? su cuñada de Usted se està divirtiendo continuamente en conversacion con sus cortejos; y Usted siempre , siempre està encerrada en su quarto.

Isab. Calla, Juana : por Dios no me atormentes mas. ¿Si sabes quan afligida vivo , y que no tengo otro bien que el amor de mi primo Don Fernando , cuyo trato he de menester con el mayor secreto por el rencor, que mi hermano le tiene; ¿que quieres que haga? à más de que tu no ignoras el caracter de mi cuñada. Ella tiene un genio , que todo lo quiere sugetar: y así estando-me retirada , evito disensiones. Estoy bien con ella , estoy bien con mi hermano ; y me consuelo con la esperanza de que algun dia el Cielo me abrirá camino de poderme casar con Don Fernando.

Jua. Si; el Cielo se compadecerà algun dia de su afliccion : pero , Señora , esta noche tendrá Usted el gusto de poderle hablar.

Isab. Cómo? que dices?

Jua. Perdoneme Usted : yo me he tomado la libertad de decirle esta tarde que Usted le llamaba. Quando toda la familia estará retirada , yo me he empeñado en introducirle en casa.

Isab. Oh Dios! qué has hecho? que dirà Don Fernando? ¿què pensará de mi? creerà que mi fragilidad me obliga à tal extremo : ay de mi ! si mi hermano lo llega à saber , si esto transciende por el pueblo , pobre Isabel , ¿qué será de tu reputacion?

Jua. ¿A que vienen estos escrúpulos , si ha de ser su marido? dexeme Us-

téd

ted hacer à mi , que yo me lo compondré. Mas mi amo llega: disimulemos.

SCENA II.

Don Carlos y las dichas.

Carl. Juana?

Jua. Señor?

Carl. Vete alla fuera. *Vase Juana.*

Isab. Don Carlos? hermano?

Carl. Sientate Isabel , y escucha dos palabras. Tu eres una muchacha de juicio. Desde que murieron nuestros padres has vivido conmigo. Yo siempre te he tratado con el mayor cariño: en mi casa no te ha faltado quanto hayas podido apetecer. En tu felicidad contemplo la mia ; ya te hallas en edad de tomar estado : de este depende tu fortuna. Don Placido de Oliver te ha pedido por esposa : sus circunstancias te son notorias : con èl puedes prometerte una suerte digna de tu virtud y tu hermosura. Yo le he ofrecido tu mano. Espero que no me harás quedar mal con èl:creo que tu me harás salir ayroso de este empeño. ¿Pero tu bajas los ojos? ¿callas y no me respondes? què es esto Isabel? qué tienes? què te aflige?

Isab. Ay de mi ! Don Carlos: ¿pero ya sabes si me gusta este Cavallero? yo soy joven aun: no tengo gana de casarme: èl es muy viejo ; mira , repara...

Carl. Si, atrevida; ya lo he visto; ya lo he reparado : el amor que tienes à Don Fernando es la causa de esta suspension : pero no te casaràs con èl mientras yo viva. ¿Què temeridad

es la tuya? podràs , di , hacerme otro agravio mayor que condescender à las instancias de un hombre tan atrevido , de un alevoso; en fin de el mayor enemigo que tenemos?

Isab. Hermano, por Dios no te enfades ; oye, atiende.

Carl. Qué tengo de oír? no quiero saber mas, ingrata, alevosa ; mañana te has de casar , ò te he de hacer poner en un Combento ; y ahora no sè como me reporto , que no te mato en este mismo punto con mi espada. *Vase.*

SCENA III.

Isabel sola.

Isab. Cielo! què es lo que pasa por mi? ¿podrá haber una muger mas desgraciada que yo? ¿este es el alivio que esperaba? ¿este es el bien que me prometia? ò Cielo! què harè? ¿à quien pedirè consejo? mas ay ! que en vano le busco. ¿Dexarè à Don Fernando? ah ! no es posible que le abandone mi amor. Me casarè con Don Placido? primero escogerè la muerte. Mas que debo hacer? el Cielo me asistirá. *Vase llevando las luces.*

SCENA IV.

Don Fernando y Juana.

Jua. Píse Usted quedo por Dios , que no nos oygan.

Fern. ¿Qué obscuras estàn aquestas piezas !

Jua. Mis amos ahora estàn cenando ; escondase Usted entretanto aqui:luego que se retirarán à su quarto , llamarè à la Señorita.

Fern. Y que dice Isabel?

Jua. Está muy consolada con la esperanza de verle esta noche.

Fern. Es muy tierna mi prima: no sé como pagarla el cariño que me tiene. Desde niños nos hemos querido mucho. La edad y el parentesco hicieron en nosotros el trato mas familiar è inocente; y este mismo trato ha introducido el amor mas reciproco en nuestras almas. Ah! quando vivian nuestros tíos, no era yo tan infeliz: podia siquiera tratar con alguna libertad à mi querida Isabel. Ahora, que para condescender à las justas persuasiones de mi padre debo seguir una instancia judicial contra Don Carlos; la disension y el despecho han introducido el espíritu de discordia entre nuestras familias. Ya no nos tratamos; ya no puedo visitar sin peligros à mi prima: ya no la puedo ver sin sobresaltos y temores: pero algun dia querrà el Cielo aliviar estos afanes. No obstante, la mayor inquietud se hace plausible à vista de los favores con que me corresponde mi adorada Isabel. En fin, Juana, me lisongeo de mi felicidad.

Jua. Bien puede Usted tenerse por dichoso, pues logra en Doña Isabel el afecto mas constante, que se pueda dar en muger alguna. Yo sé lo que suspira por Usted, los disgustos que pasa; quan retirada vive por no dar oydos à los muchos Cavalleros que desean casarse con ella. Su cuñada que es una loca, quisiera que la imitase, y ella se escandaliza de ver lo inconsiderada que es

Doña Leonor. Pero si no me engaño, hacia aqui se acerca alguno: retirese Usted à mi quarto, y estese escondido allà, hasta que le llame.

Fern. Por Dios, ten cuidado que nadie me vea.

Entrafe Don Fernando.

Jua. No tema Usted, que toda la familia está à la parte del jardin. Oh! ¡y que tema tenemos todas las criadas en urdir enredos como este! parece que el oficio de tercera nos viene de molde; pero en fin algo se chupa. Mas la Señorita, si; la Señorita se lo merece; la quiero tanto, es tan buena, que es digna de compasion. Si llega à casarse con Don Fernando, no dudo que me haga un buen regalo, pues ella tiene un grande dote. De su fortuna puedo esperar la mia. Ah! que si mi ama es dichosa, tambien lo seré yo: procurará ella mi acomódo; no me abandonará jamás: razon ferá que yo la sirva con el mayor cariño: que yo me exponga à qualquier riesgo. Mas ella se retira ya à su quarto: voy à llamarla. Señora?

SCENA V.

Isabel con los dichos despues.

Isab. Juana mia, qué me quieres? di?

Jua. Qué he de querer? Don Fernando:.

Isab. Calla por Dios, habla quedo.

Jua. Está muy bien. Mas sepa Usted que su primo se halla ya en mi quarto.

Isab. Ay de mi! me tiembla el corazon. ¿Le viò alguno entrar? oh Isabel! si mi hermano lo supiera, ¿què dixia de esta ligereza? me mataria de

de libiana. Pero oh Cielos! me ha visto ya. El se llega à mi presencia. Juana, ten cuidado con la puerta, no la pierdas de vista.

Jua. Descanse Usted conmigo. Señor Don Fernando, ya puede Usted llegar, no tenga Usted miedo.

Fern. Prima mia, amada Isabel?

Sale Don Fernando y vase Juana.

Isab. Don Fernando?

Fern. Qué suspension es la tuya?

Isab. Ha! no lo estrañes, que el gusto de verte tan de cerca, y el temor de que no se descubra que estás aqui, me tiene confusa y turbada.

Fern. Sofiegate, dueño mio, que algun dia cesarán tantos recelos: algun dia espero poseer con tu mano todo el bien que puedo apetecer en este mundo.

Isab. Dichosa yo, si llegase ya el plazo de poderme llamar esposa tuya. Mientras tarde esta felicidad, siempre viviré temblando. Ah! que son muchos los motivos que me obligan à suspirar. El rencor que mi hermano tiene; este pleyto cruel; mi cuñada; una cuñada altiva y ambiciosa: todo se junta à formar mi tribulacion. Lo mismo es oír nombrarte, que alborotarse toda la casa: tu memoria les es sumamente aborrecible; tanto despecho les causa el acordarse solamente de ti. No obstante confiesan, que eres mui galan, mui atento y generoso; que eres un Caballero de prendas, pero añaden que eres pobre, caviloso y atrevido: ay de mi! ¡con que gusto oygo tu retrato quando te alaban! pero con que pena lo escucho, quando pretenden ultrajarle.

Mira en fin, primò mio, si soy digna de que me compadezeas.

Fern. Oh! querida Isabel, si estuviera en mi mano el hacerte dichosa, con quanto gusto lo haria hoy mismo! depondria mi quietud por la tuya. Me contentaria de ser infeliz, mientras tu vivieras contenta. Pero esto no puede ser, siendo tan comun el bien, y la desdicha de entrambos.

Isab. ¡Con que gusto oygo de tu boca estas expresiones! mas ya no me puedo consolar con ellas. Hoy ha llegado al ultimo extremo mi desesperacion.

Fern. Qué dices? explicate: tu me haces temblar.

Isab. Si, Don Fernando mio; ya no es tiempo de atender à debiles reparos: ya es hora de tomar una determinacion mas seria. Don Placido de Oliver me ha pedido por muger à mi hermano: Don Carlos me ha propuesto este casamiento; yo le he reusado. Ay de mi! mañana he de resolver: lo peor es que ha sabido nuestra correspondencia. Ya te puedes hacer cargo, como me habrá reñido, como me habrá tratado. ¡Oh desdichada de mi!

Fern. Basta, no te aflijas mas: mañana, si, mañana hablaré con mi padre: propondré à tu hermano un ajuste el mas ventajoso; y al fin veré si me concede tu mano.

Isab. Ah! que no lo hará, que es muy vengativo.

Fern. Y quando no lo haga, di, ¿te puede violentar à que te cases con otro? no eres arbitra de tu alvedrio?

Isab. Si, si; este alvedrio ya es tuyo. Caseme contigo, y no deseo otro bien.

bien. ¿Qué importa que seas pobre? fabre yo misma con mi labor aliviarte tus fatigas. En fin el Cielo nos asistirá. Tuya soy; no he de perderte mientras viva.

Fern. Con esta satisfacion bien pueden venir los mayores disgustos, que todas las penas se me harán muy plausibles. Ay de mi! Juana se ha des-cuidado; Don Carlos se acerca hácia nosotros.

Isab. Pobre de mi! voy à encerrarme en mi quarto. *Vase.*

SCENA VI.

Don Carlos y Don Fernando.

Car. Qué temeridad es la tuya? ¿aun no te contentas con intentar usurparme mis intereses, sino tambien procuras ultrajar mi honra? ¿cómo te atreves à entrar en mi casa? ¿cómo à estas horas? saca la espada luego; defiendete, ò te mato como à un infame.

Fern. Don Carlos, escucha mis disculpas, despues harás lo que te dé la gana: es verdad que sigo un pleyto contra ti; pero con él no intento usurpar nada de lo que es tuyo, sino recobrar lo que me pertenece: vine à tu casa esta noche à impulsos de un amor, que me arrastra por mi prima: ella ha de ser mi muger, y años hace que el uno al otro nos dimos la palabra. Si entré aqui, no tiene la culpa Isabel. Si tu honor se ha visto en algun peligro, aqui estoy para suplir el daño: si logro que tu me concedas à tu hermana, no apetezco otra felicidad.

Car. Como? tu casarte con Isabel? sa-

ca luego la espada, no quiero atenderte mas.

Fern. Mira, Don Carlos, que estimo mas que tu el decoro de tu casa: ¿qué facariamos con reñir? si yo te matara à ti no serias muy afortunado, y si yo muriera, peligrara tu vida: al ruido de los azeros acudiria la familia. En fin nos expondríamos los dos. Mañana al amanecer te espero junto à la marina: allá pienso convencerte con mis razones, sin tener que recurrir à los filos de la espada.

Car. Espera, así te vés? no te dejaré salir sin matarte. Pero no, que mañana me vengaré de tus agravios. Mas si Don Fernando me propusiese algun ajuste ventajoso, si me hiciese unos pactos muy favorables; pero no lo hará: en todo caso yo veria lo que me estaba mejor. Mas entretanto qué haré? no alborotemos la casa: ah cruel hermana! me la pagarás: ¿donde te escondes à mis ojos? se ha encerrado en su aposento: pero tu te acordarás de mi. Oh Dios! ¿qué impaciencia es la mia! voy un rato à descansar hasta que amanezca.

ACTO III.

SCENA I.

Juana, y despues Doña Isabel.

Jua. Qué es lo que habrá sucedido? yo me dormi un poco. Mi amo entró en el estrado, halló à su primo con Doña Isabel. Ella se encerró en su aposento: los dos riñeron. Don Fernando se fué; Don Carlos se retiró à descansar; pero apenas amaneció

tomó

tomó la capa y la espada, y se salió de casa. Oh! ¿de cosas han pasado en una sola noche! mas mi ama me à oído; sale de su quarto muy llorosa; veamos lo que querrá: ya oygo que me riñe, que se queja de mi descuydo, y me dá la culpa de haber introducido à su galan.

Ifab. Juana, Juana?

Jua. Señora mia, qué manda Vm?

Ifab. Sabes en que parò la riña de anoche?

Jua. Yo no sé mas, sino que mi amo se levantó muy de mañana, y se salió de casa.

Ifab. Ay de mi! donde habrá ido? ¿y Don Fernando sacó la espada para defenderse?

Jua. Señora, yo no vi nada. A los gritos que daban me desperté, y me escondí en los desvanes de mas arriba.

Ifab. Oh Dios! mi cuñada si lo habrá sabido: ah! Juana! tu tuviste la culpa de todo.

Jua. Ya lo sé; perdoneme Usted por Dios, no me riña.

Ifab. Si; ya te perdono, con condicion que no vuelvas otra vez à ponerme en un empeño tan fuerte: pero me temo, que no tendrás mas ocasion; pues mi hermano sin duda ha de encerrarme en un Convento: tu ahora procura averiguar lo que haya. Sin duda que Doña Leonor se habrá ya levantado: de ella lo podrás saber todo: no tiene mucha reserva: te será facil sonfacarla quanto sepa en el asunto.

Jua. Ya voy allá corriendo; y entretanto consuelese Usted con pensar que algun dia se acabaran tantos disgustos. *Vase.*

SCENA II.

Doña Isabel sola.

Ifab. Oh Dios, y qué de cosas me han sucedido! enamorada de Don Fernando pasé mi niñez sin preveer los disturbios que podian sucederme. La libertad con que podia tratarle à todas horas hacian plausibles los ardores de mi passion. El parentesco me permitia la satisfacion de verle siempre que queria. Pero ahora; si, ahora:- Mas qué veo? mi primo Don Fernando muy apresurado: qué será? ò Cielo! me tiembla el corazon.

SCENA III.

Don Fernando y la dicha.

Fern. Dame, esposa mia, los brazos.

Ifab. Don Fernando, qué es esto? ¿qué temeridad es la tuya? ¿tu te atreves à entrar en mi casa tan de mañana! y mi hermano? y:-

Fern. No temas, querida Isabel, que ya somos felizes entrambos; tu eres mia ya: tu hermano no es mas mi enemigo. El me ha concedido tu mano: dame por Dios los brazos; no me retardes mas estas finezas.

Ifab. Cómo, ¿y será verdad lo que me cuentas?

Fern. No soy capaz de engañarte; à no ser así, no me atreviera à venir à tu casa con tanta libertad.

Ifab. Oh! qué fortuna será la mia! sea alabado el Cielo, que en fin se compadeció de mis suspiros. Pero no obstante, el corazon me parece que está mal satisfecho de esta seguridad.

Fern. Ningun motivo puede haber que te desconfuele. ¿Qué recelo tienes, quando yo te lo aseguro? todo se allanó: las dificultades quedan superadas, el pleyto se termina amistosamente; nuestra boda queda convenida con tu hermano.

Isab. Mi hermano, que tan inexorable se oponia à nuestro trato pudo convenirse à tal enlace?

Fern. Si; Isabel mia. Tu hermano, que por el temor de perder una porcion de bienes, me aborrecia, con la seguridad de conservarlos ya me ama. El interés, que le cegó para despreciarme, le abrió ahora los ojos para quererme.

Isab. Y cómo pudo ser?

Fern. Yo te lo diré: el descuydo de Juana en dexar las puertas abiertas, ocasionó el desorden de que anoche al retirarse Don Carlos à su quarto, me encontrase aqui contigo. Quise matar; pero yo, estimando mas tu reputacion que mi honor, reusé sacar la espada, dilatando la satisfacion para otro lugar. Le cité esta mañana à la marina, no con animo de desafiarme, sino con intencion de persuadirle à hacer las amistades. Salimos en fin al puesto señalado, y sabiendo quanto pueden en él los deseos de acaudalar, le ofreci los mas ventajosos pactos à su favor. Persuadile con los mayores esfuerzos à que me concediese tu mano. Por ultimo, me ofreci en renunciar à qualquiera pretension que le obstase, con tal que me diese una corta porcion de renta para mantenernos con decencia. Quedó parado à tal proposicion; pero al

fin se dexó vencer de la razon, ó quizá de la codicia. Condescendió à mis instancias, me otorgó quanto le pedia, dandome esta sortija en prendas de nuestra amistad: y para no dilatarte mas el gusto de saber esta felicidad, yo mismo en persona me adelanté corriendo à traer la nueva. Dame por Dios los brazos en albricias de esta noticia, y permiteme que vaya à participar esta fortuna à mi amado padre. Si; esposa, à mi anciano padre, que no tiene otro objeto, que el de verme contento y dichoso.

Isab. Y Don Dionisio se allanará à ello?

Fern. El interés de esta causa no es fuyo; à mi me toca de parte de mi madre y tu tia. Es mi peculio adventicio; y en fin qualquier derecho que tenga mi padre sobre él, lo cederá voluntariamente à fin de darme gusto. Yo sé quanto me quiere, y estoy bien persuadido de su desinterés.

Isab. Pues no te detengas mas: vete luego, antes que llegue alguno, pues mientras no se sabe nuestra boda, no es regular te dexes vér en mi casa.

Fern. Tu virtud, tu prudencia me aconsejan siempre lo mejor. Voi luego à darte gusto.

Isab. Mas detente. Entrate en mi quarto, que llega Don Placido; por Dios, dame este contento.

Fern. Oh, quan gustoso es el obedecer à un dueño que puede mandar, y no obstante ruega! *Vase.*

* * * * *
* * * * *
* * * * *

SCE-

SCENA IV.

Don Placido y la dicha.

Plac. Señora , estoy à sus pies.

Isab. Tenga Usted muy buenos dias , Señor Don Placido.

Plac. Perdone Usted , si me he tomado la libertad de entrarme sin envi- arle antes un recado. Los favores que recibo del Señor Don Carlos , y la llaneza con que frecuento esta casa , parece que me harán discul- pable.

Isab. Señor , Usted es muy dueño de ella.

Plac. La estimo la fineza. (Que ojos ! estos ojos me traspasan el corazon) Señora Doña Isabel , su hermano , Doña Leonor (oh Dios ! no sé como explicarme con ella) diga Usted , la han hablado de mi ? la han dicho algo... que yo deseo... ya me entien- de. Es Usted muy hermosa : ya me conoce : no soy tan viejo como tal vez Usted cree : tengo mucho dine- ro y ricas joyas. Con un joven , ¿que felicidad se puede Usted pro- meter ? ¿piensa Usted poseer en èl un marido enteramente ? oh ! se en- gaña: quizá tendrá que contentarse con uno bilocado ò dividido. Yo todo serè de Usted. Yo no tendrè otro pensamiento , que el de tener- la contenta. En mi casa reyna la abundancia ; no tendrá sujecion à nadie. Soy solo , y en fin estoy tan enamorado de Usted , como un ton- to. Pero no desconfio , que el amor allana mayores dificultades. No hay estado mas feliz que el de una muger joven , casada con un hom- bre , y no digo con un viejo , con

uno asi como yo , de mediana edad ; pero robusto y bien complexiona- do.

Isab. Ya me persuado. Pero una vez que Usted ha hablado con mi her- mano , èl le dará la respuesta. Estas cosas no es regular que se traten cara à cara : à las doncellas de cali- dad no se las habla de estos asun- tos por si propio ; y lo estraño mu- cho de Usted , à quien los años po- drian haberle dado alguna experien- cia. Yo dependo de la voluntad de Don Carlos: no haré mas de lo que mi hermano quiera , y no dudo que èl me aconseje lo que me esté mejor.

Plac. (Oh , que contento es el mio ! con esto aunque me ha arrostrado mi libertad , me da à entender que será mia. Pues si se obliga à hacer lo que guste su hermano , y Doña Le- onor , bien claro es que soy dicho- so.) Perdoneme Usted , Señora , mi atrevimiento , persuadida , à que el amor obliga à estos y otros ma- yores defacatos.

SCENA V.

Doña Leonor , y los dichos.

Leo. O Señor Don Placido , ¿tanto bi- en en mi casa ?

Plac. Señora , he venido para saber la respuesta sobre el asunto que la en- cargué anoche.

Leo. Ya hablé con mi esposo: mas Isa- bel hazme el favor de retirarte , que tengo que hablar en secreto con este Caballero.

Isab. De muy buena gana , querida Leonor ; quede Usted con Dios , Se-

Señor Don Placido. Vase.
Plac. A los pies de Usted, Señora; en fin habló Usted con Don Carlos?
Leo. Sentemonos aqui, que estaremos mejor.

Plac. De qualquier manera estoy bien. Mas nosotros los viejos no podemos estar mucho tiempo en pie.

Leo. Mi marido está muy contento de que Usted se case con Ysabelita. Al principio me parecia que no se inclinaba mucho, pero yo le persuadí con mi modo, y se allanó à ello. Oy no le he podido hablar. Anoche se acostò muy tarde, y me hallò dormida: se levantò antes que yo me despertase, y se salió de casa. No sè donde habrá ido; pero me persuado que será para este efecto; pues me ofreció poner à su hermana en un Convento, si no se casaba con Usted.

Plac. ¿Cómo que, no casarse? ella hará quanto quisiere su hermano: ya me lo ha insinuado antes que Usted llegase: aunque las muchachas no hacen caso de los hombres maduros como yo, con todo Ysabel:::

Leo. Se declaró con Usted de esta manera, y hace conmigo la escrupulosa? ò qué falsa! ò qué fingida! ¿no lo digo yo? à las muchachas en hablandolas de boda, no tiene remedio, se alborotan de cascós; pierden el juicio, rabian por casarse.

SCENA VI.

Don Narciso y los dichos

Narc. Señores, como se están Ustedes aqui con tanto sosiego? ¿què no saben la novedad?

Leo. ¿Cómo?

Plac. ¿Què ha sucedido?

Narc. ¿Qué, no saben Ustedes el desafío? Don Carlos es muerto. Usted ya no tiene marido. Su amigo se fuè al otro barrio.

Leo. Ay desgraciada de mi!

Plac. Por Dios vayase Usted poco à poco. Dice Usted tantas cosas juntas; habla tan aprisa::-

Narc. Si, estese Usted con su flema. Alientese, Doña Leonor, que en fin ya no tiene remedio.

Leo. Pero quien à sido el alevoso?

Narc. Quien habia de ser::*

Leo. ¿Qué? Don Fernando? ah traidor! ya lo he comprendido: tu me quitaste à mi querido esposo: por ti quedo sin el mejor de los maridos. ¿Cómo lo tengo de hacer? ¿como podrè vivir sin él? ah! desdichada de mi! qué desgracia es la mia!

Narc. Señora, Señora, no haga Usted por Dios tantos extremos: Señora, es Usted acaso la primera muger que à quedado viuda?

Leo. En la flor de mis años perder un marido como Don Carlos! ah! que no encontrarè otro que sea tan bueno, ni que me quiera tanto.

Plac. ¡O que de cosas pasan por el mundo! ¿y será verdad este desafío?

Narc. ¿Cómo? y aun lo duda Usted? los indicios no pueden mentir: no falta quien los viò salir à la marina esta mañana. Se sabe que iban los dos armados. Me han asegurado que su semblante palido, è inmutado manifestaba su colera. El cadaver que apareció à la flor del agua, bien que desfigurado de las olas no deja arbitrio à la perplexidad. Hay testigo, que

que encontró á Don Fernando quando se volvió solo. Amás de que la capa que se hallò en la orilla del mar manchada de sangre, el sombrero y la espada de Don Carlos acreditan las sospechas. Yo lo supe al instante de haber sucedido: el Peluquero quando vino à peinarme me informó del caso. Fui à dar parte à la Justicia. El Alcalde mayor pasó luego à evacuar las diligencias: encontráse el cuerpo del delito: y ahora le dejo tomando las informaciones para comprobarle. Y si se llega, como lo creo, à averiguar, no le arriendo la ganancia.

Leo. Pobre de mí! ¿como lo tengo de hacer?

Plac. Ella no lo siente mas que por si misma: su viudedad es lo que la duele, y no se lastima de la desgracia de su marido.

Leo. Ah! si supiera Usted quanto le estimo estas diligencias, que à practicado! ahora comprendo quanto me quiere.

Plac. Señora, en las ocasiones se conocen los amigos. (Que rabia me dà)

Leo. Si, Señor; pero es menester acalorar esta instancia; hasta ver à Don Fernando en un suplicio, no podrán acallarse mis clamores. Yo misma, y yo misma me presentaré delante del Juez, y con mis lagrimas y sollozos moveré su animo, para que acelere el rigor de la sentencia.

Plac. ¿Mas que sacará Usted de esto, Señora? procure consolarse.

Leo. Qué he de sacar? lisonjear mi dolor con la venganza. ¿Le parece à Usted, si es poca perdida la de un marido como el mio?

Narc. Anime se Usted, que no le faltarán maridos.

Leo. No me deje por Dios, Don Narciso en esta ocasion. Sino fuera por Usted yo me moriria de sentimiento.

Nar. Ya sabe Usted, que todo soy suyo: vayase Usted à dentro à tomar alguna bebida cordial.

Plac. Qué desgracia! Qué desgracia!

Leo. En fin el Cielo lo à permitido; es menester conformarse con la voluntad de Dios, y ofrecerle este sentimiento.

Narc. Si Señora, conformidad, resignacion.

Plac. (Ella parece que està consolada)

Leo. Pero debo vengarme de aquel cruel. Ahora puede quererle Isabel; ahora puede admitirle. Mas ella tiene la culpa de todo; si, ella, ella:-- Vamonos luego Don Narciso, que yo me desmayo.

SCENA VII.

Al querer entrar sale Isabel y los dichos, y despues Juana.

Isab. Hermana, ¿què es lo que habrá acontecido? El Alcalde mayor, y el Escribano suben por la escalera: toda la casa està llena de Alguaciles.

Leo. Què ha de haber sucedido? Que tu amante ha muerto à mi marido.

Isab. A mi hermano? cómo? donde?

Leo. En la marina esta mañana.

Isab. Què es lo que oigo? Cielos! ah querida hermana, no lo creas, no será así.

Leo. Pero Don Carlos es muerto.

Isab. Pobre de mí!

Plac. No llore Usted, Señorita.

Bien

Leon. Bien puede llorar, que razon tiene para desesperarse; y que hermano ha perdido en Don Carlos! pero vamos.

Sale Juan. Señora?

Leon. Qué tienes?

Juan. La justicia se lleva presos à todos los criados: aun à mi me querian pillar los Aguaciles.

Leon. No temas; vamos à ver al Señor Alcalde para encargarle que lleve con actividad esta sumaria. Mañana si es posible, he de ver castigado al delincente. *vanse.*

Isab. Desdichada Isabel! ¿estos son los preludios de la felicidad que esperabas? ¿mi hermano ha muerto? ¿Don Fernando pudo ser capaz de quitarle la vida? ¿Don Fernando que con tanta ternura vino à darme el aviso? mi primo? que es tan virtuoso, tan prudente que tanto me estima? ah! no, que Don Fernando no pudo cometer semejante delito. ¿Mas si se hubiese visto provocado? pero se hubiera retirado, no se hubiera presentado à mis ojos con tanta entereza: su semblante no hubiera podido disimular la turbacion de su pecho. El delito mismo le hubiera descubierto en mi presencia. ¿A qué efecto quisiera lisonjearme en la esperanza de mi felicidad? ¿mas mi hermano murió! otro habrá sido el cruel homicida: mi primo es inocente; las señas no pueden mentir; pero con todo él está indiciado: él será perseguido de la justicia. Le buscarán sin poderle encontrar. Su retraimiento le añadirá nuevas sospechas: ¿mas yo le dexaré salir? ¿yo le expondré al rigor de las Leyes? oh,

justo Dios! ¿de unas leyes que bastan para condenar à un hombre por indicios? ¿què haré, piadosos Cielos, en tanta perplexidad? ¿cómo tendré corazon para decirle lo que pasa? pero no tiene remedio. El caso urge. Las diligencias se practican con la mayor actividad y viveza.

SCENA VIII.

Don Fernando y la dicha.

Isab. Don Fernando...

Fern. Esposa mia, ¿es hora ya de que me restituyas à tus ojos? ¿pero qué es lo que miro? ¿tu semblante está perturbado? Isabel mia, ¿de qué lloras? qué te sobrefalta? ¿què tienes?

Isab. Qué quieres que tenga? Llegó al ultimo extremo nuestra infelicidad. Mi hermano falta, no se sabe donde está; y tu, ay de mi! te hallas indiciado de haberle muerto.

Fern. O qué terrible noticia! ¿qué golpe tan cruel para mi corazon! ¿y tu me crees capaz de este delito?

Isab. No, querido primo; pero los indicios son vehementes. La justicia te busca.

Fern. Dexame salir, que mi inocencia me defenderá.

Isab. ¿Y he de exponerte al rigor de una suerte fatal?

Fern. Pero si no me hallan, sospecharán de mi con algun fundamento. Mi retraimiento me hará parecer culpado: dexame salir; mi honor, mi reputacion están en grande peligro.

Isab. No por Dios, detente siquiera un solo instante: ya te sobrarà el tiempo para poderte presentar: y
quan

quando culpasen tu ausencia , yo misma saldre en abono de tu inocencia ; yo misma te defenderé.

Fern. Oh Dios ! ¿y que he de ceder à tus ruegos ?

Isab. Sino quieres que acabe de morir à impulsos de mi dolor , dame siquiera este pequeño consuelo en medio de tantas amarguras. Retirate otra vez.

Fern. En fin debo condescender à tus instancias : el Cielo , que penetra lo mas hondo de mi corazon , volverá por mi causa. *Enrase.*

SCENA IX.

Don Dionisio y la dicha.

Dion. Sobrina , ¿qué es esto que nos sucede ? al retirarme de la Iglesia me han contado esta desgracia ; no me la han querido explicar del todo. En este lance me pareció que debia venir en derechura à tu casa , sin atender à otros respetos. En estas ocasiones se debe olvidar todo rencor. ¿Dime , que ha sido esta novedad ?

Isab. Ay tio del alma mia , que à Usted le habrán llamado lo peor.

Dion. Cómo ? si ya me han dicho lo de la muerte de Don Carlos , Dios le haya amparado. Solo me falta saber como ha sido.

Isab. ¡Ah , que en esto estriava el mayor pesar !

Dion. ¿Que mayor disgusto que el de una muerte violenta !

Isab. Por Dios le ruego à Usted , que no lo quiera saber.

Dion. Tu me pones en mayor confu-
sion.

SCENA X.

Doña Leonor , Don Placido , Don Narciso y los dichos.

Leon. Quanto mas va se aumentan los indicios.

Narc. Juanilla cantará lisa , y llanamente quanto sepa.

Plac. Jesus , Jesus , y que de cosas tan extrañas suceden por el mundo ! Don Fernando pudo ser el Agresor ? quien lo hubiera dicho ! ya veo que no se puede creer à nadie por el temblante.

Leon. ¿Mas que hace aqui Don Dionisio ? que viene à buscar ?

Narc. Pobre viejo , que fusto se le espera.

Dion. Perdone Usted , Señora , que en esta ocasion me ha parecido muy propio venir à ofrecerse.

Leon. (¿Y aun tiene cara para ponerse delante ?)

Plac. A la verdad , me causa mucha lastima este Caballero. Pobre padre ! y aun habrá quien apetezca el tener hijos. Desde oy ya mudo de dictamen , ya no me caso.

Dion. Yo me veo mas perplexo que nunca.

SCENA XI.

El Alcalde y los dichos ; despues Don Fernando.

Alc. Señora , la fumaria se va fortifican-

C

can-

cando; los indicios à cada paso se aumentan: son muchos los testigos que deponen. Las criadas oyeron la riña de anoche; el cuerpo del delito queda comprobado: solo falta prender à Don Fernando. Nadie sabe su paradero. Su fuga, ò retrahimiento hace mas evidente, que fué el Autor del delito. En su casa no está, y hai un vecino que declara haberle visto encaminarse à las siete de la mañana por acá. Será preciso que reconozcamos bien la casa. Tal vez se habrá escondido en ella. Con permiso de Vsted registraremos estos quartos.

Isab. Cada instante se aumenta mi desesperacion.

Leon. Ustedes son dueños; pero no me persuado que le hallen aqui.

Alc. Con dificultad se escapará de las manos de la justicia, pues se han dado las mas prontas providencias para su arresto. Las requisitorias no dexarán de obrar su efecto; y en el puerto se han detenido y registrado todas las embarcaciones. En una Isla no es difícil cortar los pasos à la fuga mas premeditada. *Entrafe.*

Narc. Alcavo y al fin todo se averigua.

Plac. Se vè claramente que una luz superior se interesa en descubrir los mas profundos senos de la iniquidad.

Sale Don Fernando.

Fern. Ya preveo la ultima de mis desgracias: pero no, que el Cielo no abandona la inocencia.

Alc. Señor Don Fernando, vengase Usted con nosotros à la Carcel.

Isab. ¿Y puedo permitirlo sin que muera de dolor? Señor Alcalde, mire Usted que Don Fernando es inocente.

Leon. Defiendele aun, atrevida, despues que tu tienes la culpa de todo. Mira, ¿no vès el diamante de mi marido en su mano?

Narc. Pobre Señorita: no la aflixa mas, que bastante pena tiene: está fuera de sí.

Dion. Què veo? mi hijo preso! ¿para esto guardaba el Cielo mi vejez?

Fern. A Dios, adorada Isabel: padre mio, deme Vm. los brazos; no teman Ustedes, que el Cielo, sí, el justo Cielo volverá por mi causa. No soi culpado; lo protexto al Cielo, lo aseguro: nada sè en la muerte de Don Carlos. Aquel Juez formidable, à cuya vista no se le puede esconder lo mas secreto, es testigo de mi inocencia: de su tribunal espero la justicia; no, no ha de triunfar la sinrazon ni la iniquidad.

Dion. Yo me voy contigo, yo te sigo. No te puedo dexar: voy à morir de sentimiento.

Isab. Querido esposo, à Dios... mas ah! que no sè lo que me predice el corazon... tu corazon te engaña. Tu virtud en esta ocasion te disminuye los horrores de tu destino. Pero no tiene remedio. Vete, mi bien; cedamos à la suerte: pero yo muero de dolor.

Cae desmayada en una silla.

¿Un

Plac. ¿Un Caballero tan virtuoso pudo cometer este delito? ¡vaya que no hai de quien fiar! los mayores amigos la pegan: quien lo hubiera creído! no se puede hacer caso de los exteriores. El mundo está perdido, cada dia va de mal en peor.

Alc. Vamos, Señor D. Fernando.

Fern. Espere Vsted un instante, permítame que confuele à mi Isabel: ¿cómo he de dexarla abandonada à su quebranto? mas ella se ha desmayado: les encargo que procuren consolarla. Su vista me traspasa el corazón. Infeliz de mi! desdichada Isabel! no puedo mas, me falta el sufrimiento! oh Dios! constancia. Señor Alcalde, vamos. *Vase.*

Plac. ¿A quien no hará llorar este espectáculo? padre, hijo, esposa. Los tres me han enternecido.

Narc. Con su tranquilidad quiere persuadirnos que es inocente. ¡Ah quien le viera el corazón!

Leon. No obstante que le aborrezco, su rostro me ha confundido.

Narc. Esto es efecto del amor, que aun Vsted le tiene.

Plac. ¿Señores, qué turbacion es la nuestra? la Señorita se está muriendo de pena y nosotros no la socorremos.

Leon. Dexela que se muera; muy bien la está: ella tiene la culpa de todo.

Plac. Pero esto es faltar à la caridad: con estas cosas yo me confundo. Oh hijos! ¿estos disgustos dais à los padres? bien tonto es quien piensa en casarse. Atengome à mi celibato.

Narc. Señora, con permiso de Vsted yo voy à repetir mis instancias: harè que su procurador ponga un nuevo

pedimento, instando la sentencia con la mayor brevedad. No perderè tiempo: lo atropellarè todo antes que algun pariente de D. Fernando: pero basta, ya sè como tengo de manejar me si logro su muerte; yo me caso sin duda con Doña Leonor. *Vase.*

Leon. Por ultimo el Cielo nunca envia las desdichas de modo, que no tenga uno con que consolarse: si perdi un esposo; D. Narciso: pero no es ocasion de dar lugar à semejantes pensamientos. *Vase.*

Plac. Todos la dexan estar: voy à ver si hallo algun confortativo con que hacerla volver de su desmayo. *Vase.*

SCENA XII.

Doña Isabel sola.

Isab. Crueles Ministros, barbaro executor: pero què veo? ya se le han llevado de aqui: ya estará con los grillos en los pies. Fernando mio, adorado esposo, esperame, que iré contigo à morir: ¡mas ay que mi dolor me transporta! dónde estoy? yo no sè lo que me digo. ¿A quien, ò Santo Cielo! pudieron suceder semejantes desgracias? he perdido à mi hermano; ahora voy à perder à mi esposo: ¿y quien pudo ser el Autor de tantas calamidades? ò Dios eterno! ¿porque no quitais el velo à esta iniquidad?

* * * * *
* * * * *
* * * * *
* * * * *
* * * * *

C 2

AC-

ACTO IV.

Carcel; y salen D. Severo, Alcalde, Escribano y D. Fernando.

Alc. Ola; conduzcase el reo à mi presencia: esta causa se ha de llevar con mucha actividad: oy mismo ha de quedar concluida, à fin de remitirla con la sentencia para su aprobacion.

Fern. Señor Alcalde, ya me tiene Vsted à su disposicion: duélase de mi inocencia; y atienda à q̄ no siempre los indicios son prueba segura de la verdad.

Alc. Los Legisladores comprehendieron muy bien su falibilidad, y con todo en ciertos casos y circunstancias calificaron aquella prueba de suficiente para la aplicacion de la pena. Esta es la practica de nuestro tribunal, autorizada con infinitos exemplares.

Fern. ¿Pero será razon que un hombre honrado padezca sin culpa, solamente porque la casualidad, ò la contingencia le concretó algunas circunstancias que pueden convenir, ò equivoarse con el reo verdadero?

Alc. Respondeme Vsted: ¿y será justo, que un malvado que maquina con toda prevencion y cautela una alevosia, se ponga à cubierto de su atrocidad con la confianza de su silencio?

Fern. Es así; pero la prueba de los indicios es susceptible de muchos engaños; y condenar à un hombre por ella sola?

Alc. Basta, D. Fernando; yo no he venido à disputar con Vsted, ni el lugar, ni circunstancias lo permiten. Si la prueba que consiste solamente en indicios urgentes, è indubitados, es, ò no suficiente para la imposicion de la pena ordinaria del delito, pertenece al conocimiento superior de la magistratura. Ahora estamos en el estado de tomarle à Vsted su confesion, y para hacerla es menester que Vsted preste juramento. Señor Escribano, estienda Vsted las preguntas y respuestas con las formalidades correspondientes.

Pondrá el Alcalde la mano en figura de cruz, y el Escribano hace que escribe.

Alc. ¿Jura Vsted decir verdad en lo que supiere y fuere preguntado?

Fern. Así lo juro.

Esc. lee. En la Ciudad de Palma, Reyno de Mallorca, à 3. de Septiembre de 1726. estando el Señor D. Severo de Ortiz, Alcalde mayor de esta Ciudad en sus reales Carceles, mandó comparecer ante sí à un hombre preso por esta causa, à efecto de tomarle su confesion, del qual, por ante mí el Escribano recibió su Merced juramento por Dios nuestro Señor, y una señal de cruz en forma de derecho, baxo cuyo cargo ofreció decir verdad, y en su virtud se le preguntó lo siguiente.

Alc. Cómo se llama Vsted? ¿de dónde es natural y vecino? ¿que estado y edad tiene? ¿y si sabe la causa de su prision, ò se la presume?

Me

Fern. Me llamo D. Fernando de Gamboa: soi natural y vecino de esta Ciudad de Palma: soltero: tengo la edad de veinte y seis años, y presumo estar preso por atribuírseme calumniosamente haber muerto à D. Carlos Osorio.

Hace el Escribano que escribe.

Alc. Diga si es verdad, como lo es, si en el dia dos de este mes, y algunos tiempos antes mediaba entre el reo confesante y D. Carlos Osorio una notoria enemistad, originada del pleyto que entre si seguian.

Fern. Es verdad.

Alc. Diga si es verdad, como lo es, que D. Carlos Osorio tenia una formal oposicion al matrimonio que el confesante queria contraer con Doña Isabel, hermana del mismo Don Carlos.

Fern. Es verdad.

Alc. Diga si es verdad, como lo es, que hallandose el confesante la noche antecedente al mismo dia dos en la casa de D. Carlos Osorio, este le halló en ella, de que se originó entre los dos una fuerte riña; retandole Vsted para el dia inmediato.

Fern. Es verdad.

Alc. Diga si es verdad, que à la mañana siguiente mui temprano estubieron los dos juntos à la orilla del mar, en donde les vieron salir colericos y con el rostro inmutado.

Fern. Es verdad.

Alc. ¿Conoce Vsted esta capa, espada y sombrero? ¿y sabe Vsted si es lo mismo que llevaba D. Carlos Osorio

en aquella mañana, con esta sortija que se le encontró à Vsted?

Fern. Lo mismo es.

Alc. Diga Vsted, si el cadaver que se vió à la flor del agua desfigurado, era de Don Carlos?

Fern. No lo sè.

Alc. Diga si es verdad, que se escondió huyendo de la justicia, ¿y porque lo hizo?

Fern. A esto respondo, que aunque es verdad que me retiré, no fué voluntad propia, sino à impulsos, y por las vivas persuasiones de Doña Isabel, que noticiosa ya de la falsa imputacion no quiso permitir que quedára expuesto al riesgo.

Alc. Diga si es verdad, que dió la muerte à D. Carlos Osorio al amanecer del dia dos, estando los dos juntos en la marina.

Fern. No es verdad.

Alc. Diga Vsted la verdad, si hasta ahora no la ha dicho.

Fern. Ya la he dicho en todo, y me afirmo y ratifico en lo mismo.

El Escribano hace como que concluye la confesion.

Esc. Firme Vsted.

Se firma.

Alc. Está Vsted despachado.

Fern. Queden Vstede con Dios. *vase.*

Alc. Su tristeza es grande.

Esc. Con todo, la serenidad y presencia de espíritu que ha manifestado, son propias de una conducta menos criminal.

Alc. Por lo que dice D. Fernando de Doña Isabel, resulta la complicidad de esta: en cuyo caso el orden de de-

derecho exige que se proceda inmediatamente à su captura.

Esc. No tiene remedio.

Alc. Pasese pues à executar , previniendo que sea con el decoro y atencion correspondiente à su calidad. *Vase.*

Esc. Puede conducirse à la Carcel en un coche. Voy à prevenirle al instante.

Alc. Tantos indicios juntos ! unos indicios tan vehementes à la verdad cautivan el entendimiento : no dexan duda en que Don Fernando cometió el delito. La causa es muy grave. La muerte muy escandalosa. Si esta culpa pasase sin castigo , cada dia se verian mayores excesos. Si , la vindieta , la causa publica exigen el mas riguroso escarmiento.

SCENA II.

Juana y el dicho.

Juan. Señor Alcalde , por Dios, mandeme Vsted facar quanto antes de aqui. Ya vè que yo no tengo la culpa de la muerte. Si introduje à Don Fernando en el quarto de Isabel , fuè movida de la lastima que me hacia. En fin mi sexo y mi oficio me eximen de qualquier pena. Nosotras las criadas nos vemos en la necesidad de hacer estas cosas ; debemos contemporizar à nuestras Amas.

Alc. Está muy bien , ya lo veremos. *Vase.*

Juan. ¿Què cara de demonio me ha puesto ! pobre de mi ! ¿si me mandará ahorcar ? pero porque ? ¿por que hice de tercera ? este delito no pide horca ; lo que pide en todo caso es algun peinado à la Francesa. ¿Mas què mal habia en el trato aquel ? oh ! ¿yo me confundo ! desdichada de mi ! hay tantas y tantas criadas que hacen otras cosas peores , y yo por esta friolera me veo encarcelada. En fin paciencia , veamos lo que saldrá ; yo voy à acostarme que ya es hora.

SCENA III.

Apartamiento en la Carcel.

Don Fernando.

Fern. Ya me han publicado los cargos ; ya me han dexado solo en esta estrecha y pavorosa carcel : en fin puedo con toda libertad quejarme del destino , de mi barbaro destino. Solas seis horas de tiempo me han concedido para mi defensa. ¿Pero que defensa he de dar , si todo el rigor de las leyes descarga sobre mi cabeza ? ¿la muerte de Don Carlos como queda probada ? podria haberse escondido : mas los indicios ? ah ! crueles indicios , aunque fuertes, sois

sois mentirosos : vosotrõs me condenais , y yo padezco por vosotros sin culpa. ¿Pero à quien acudiré en tanta afliccion ? al Cielo, si , al piadoso Cielo : mas ay ! que el Cielo no me escucha ; parece que se complace en verme padecer. Quizá quiere purificarme con esta tribulacion. Ya no temo tanto el morir como mi afrenta ; lo que me horroriza mas , es la memoria de mi infamia. Mi oprobio descenderá conmigo hasta el sepulcro ; quedará para siempre manchado mi nombre , y mi familia con el negro borron de este delito : de un delito que nunca he imaginado. Mi padre , mi venerado padre no podrá sobrevivir à mi lamentable fin. Mi querida Isabel... ò recuerdo antes el mas dulce y el mas amargo en las presentes circunstancias ! Isabel que antes era toda mi felicidad , ya no es mas que un objeto tierno , si ; pero el mas lastimoso para mi alma. A ti tambien ha de transcender el horror de mi desgracia ; à ti te ha de comprehender mi infamia ; no podrás eximirte de mi fatalidad : oh Dios ! ¿cómo podré sufrir tan rigorosa sentencia ? ò Santo Dios ! ¿porque no me matabais en la cuna ? solo guardasteis mis dias para tantas calamidades y miserias La humanidad me hace estremecer , pero la religion fortalece à mi espiritu : oh Soberano Juez ! por cuya justicia y rectitud han de ser juzgados los mis-

mos jueces : mañana quizá me he de ver presentado ante tu formidable tribunal , para dar estrecha cuenta de todas mis acciones. Mañana , si : oh ! ¡y quanto se aceleran las horas para un desdichado ! la noche está ya muy abanzada , el sueño parece que quiere dar alguna tregua à mi affigido corazon. Me dormiré talvez para despertarme en los brazos del verdugo.

Se reclina sobre una mesa.

SCENA IV.

Doña Isabel y un Alcaide.

Alc. Señora , ya puede Vsted entrar ; este es el apartamiento donde está Don Fernando : pero advierta Vsted , que de aqui à un rato:::

Isab. Agradezco à Vsted el favor , y no quisiera exponerle à un disgusto : dexeme Vsted estar à solas con mi esposo , y antes que amanezca vengame à llamar.

Alc. No lo dudo , pero:-

Isab. Baste.

Alc. Ya la dexo à Vsted sin sujecion. *vase.*

Isab. Oh Dios ! ¿qué turbacion es la mia ? las plantas me tiemblan. Casi no puedo dar un paso : Don
Fer-

Fernando::: me parece que está rendido al sueño: no le quisiera despertar: reciba siquiera este pequeño descanso, que mañana::: oh Dios! sino me engaño está hablando entre sí. Soñará, oigamos lo que dice.

Fern. ¿Que en fin no hay remedio? debo morir: pero mi inocencia:::

Soñando.

Isab. Si; estará soñando sin duda, yo no le puedo entender.

Fern. Que sentencia tan fatal::: con tanta prisa::: crueles Ministros:::

Soñando.

Isab. Sueña su misma desgracia: ó efecto natural de nuestra fantasía, agitada con los objetos que ocupan la imaginación!

Fern. Cruelles Ministros! ya voy: no temo el morir: mi deshonor, mi infamia me horroriza. Ah! ¡barbaro executor! detén el brazo. Oh! desdichado de mí! ¿pero que miro?

Se levanta furioso.

Isab. Adorado esposo.

Fern. Isabel mía; ¿cómo::: tu à estas horas? en este lugar? ¿te hallas tal vez comprendida en el rigor de mi desgracia?

Isab. Ah, demasiado lo estoy: ¿cómo podré vivir si tu mueres?

Fern. Pero tu aquí?

Isab. Si: yo vengo à acompañarte

en tus angustias. Me traxeron presa, juzgandome complice en esta causa. Me tomaron deposición, y viendo que no resultaba indicio alguno contra mí, me dexaron en libertad; pero yo no quise volverme à mi casa sin entrar à verte: importuné con mis ruegos al Alcayde: se compadeció de mi llanto, y me permitió este consuelo.

Fern. Quanto te lo agradezco: en fin ya no son tan ingratos conmigo los destinos, una vez que me conceden el alivio de verte antes de morir.

Isab. Aun no está dada la sentencia; tal vez no será tan infausta como tu te persuades.

Fern. Ah! que los indicios son muy evidentes: la cara del Alcalde me manifestó todo el rigor de la pena; yo moriré, pero moriré inocente.

Isab. Defiendete.

Fern. Ya lo he hecho.

Isab. Alega tu inocencia.

Fern. Esta no prevalece contra la fuerza de unos indicios confesados por mi boca.

Isab. Pero el Cielo:::

Fern. El Cielo no atiende à mis clamores.

Isab. Conque en fin:::

Fern. No tiene remedio, no hallo el menor vislumbre de esperanza en mi aflicción: será preciso abandonarme al furor de una fuerte la mas desastrada para mí. Esposa amada, mañana moriré. Esta sin duda será la última vez que
nos

nos veamos. A Dios para siempre. Procura consolarte; anima à mi amado padre. Dame los brazos, à Dios. Ya me parece que oigo los pasos de los Ministros como vienen à intimarme la sentencia. El dia está para romper. Vete por Dios. Dexame recoger. Aprovechemos el poco tiempo que me queda. No aumentes con tu llanto la ternura de mi corazón.

Isab. Oh, Cielos! asistidme en tantas amarguras. El quebranto y el dolor me interrumpen las voces. Ya no puedo hablar: yo no sé como consolarle. Ay amado primo! querido esposo, à Dios.

Fern. El Cielo haga mas dichosos tus dias que los míos.

Isab. Pero yo no me puedo apartar; yo no sé como dexarte en tanta afliccion.

Fern. Toma los brazos; à Dios.

Sale el Alcaide.

Alc. Vamos, Señora, no se detenga Vsted mas: rato hace que ha amanecido: las calles están llenas de gentes: vuelvase Vsted à su casa, antes que la puedan ver. Los Ministros de la causa ya se han juntado: todo el pueblo está en expectacion.

Tomandola del brazo.

Isab. Yo no me puedo mover. Dexeme Vsted quedar aqui, dexe

que muera con mi esposo: ¿quien me podrá separar de sus brazos?

Fern. A Dios, adorada Isabel.

Isab. A Dios: yo no puedo hablar; el corazón se me parte de dolor.

SCENA V.

Don Fernando solo, y despues el Portero y Escribano.

Fern. Ya es tiempo que se recoja mi espíritu. Será preciso conformarme con la voluntad del todo poderoso. La desesperacion y el desconuelo de nada servirán mas que de acrecentar mis tormentos. Si debo morir, muera con resignacion: por ultimo, es la muerte una pension indispensable de la vida. Desde la cuna camina el hombre al sepulcro. Todo nos enseña que hemos de morir: con ella se acaban mis pesares. Oh eternidad! tu sola eres ya la que me confundes; de un solo instante depende mi suma felicidad, ò mi desgracia sempiterna. Mas parece que abren la puerta del calabozo.

Port. ¿Señor, es Vsted Don Fernando de Gamboa?

Fern. Yo soi este desdichado.

Port. Siento mucho hallarle à Vsted en esta situacion: aqui tiene esta intima. Ya se ha visto su causa.

D

Está

Fern. Está mui bien : admitiré con respeto su determinacion.

Port. El Escribano le dirá lo demás : el Cielo le consuele. *Vase.*

Fern. Si , el Cielo me asistirá. ¡Con quanta prisa se procura mi ultima infelicidad ! ò sentencia ! ¡ò sentencia infauusta ! ¿què puedo esperar de tu decifion , mas que rigores y fatigas ? ya me las preveo todas. Las señales no pueden mentir : el silencio y profundidad de los Ministros manifiestan lo rigoroso de su execucion. ¿Pero yo tendré animo para morir infamado ? ¿yo tendré aliento para atender à su notificacion ? ¿para no desesperarme y confundirme al horror del oprobio que me sigue ? pero el Cielo me asistirá : mas ya entra el Escribano : ay de mi ! llegó al ultimo extremo mi infelicidad.

Esc. Señor Don Fernando , la real Audiencia me manda notificarle su sentencia. El Cielo sabe quanto siento hallarme en este lance ; pero debo cumplir con mi obligacion.

Fern. Está mui bien ; ya la escucho : si el Cielo no me asiste , yo no puedo soportar esta tribulacion.

Lee el Escribano la sentencia.

Esc. Vista la presente causa , substanciada à instancias de Doña Leonor de Silva , Viuda de Don

Carlos Osorio con intervencion y acusacion fiscal contra Don Fernando de Gamboa , vecino de la Ciudad de Palma , culpado de haber dado la muerte al referido Don Carlos Osorio en la mañana del dia dos del corriente mes de Septiembre : visto todo lo que debia verse , y atendidos los meritos de los Autos ; sentenciamos , pronunciamos y declaramos que dicho Don Fernando de Gamboa es reo de muerte , y le condenamos à que conducido al lugar del suplicio le sea cortada la cabeza ; paraque à él le sirva de pena , y à los demás de exemplo. Otro si , por lo que resulta contra Juana Soto , mandamos que salga desterrada de la Isla de Mallorca por tiempo de tres años.

Fern. Ay de mi ! qué rigor ! yo muero de pesar ! *Cae.*

Esc. ¿Le habrá dado algun desmayo ?

Otro. No respira , no tiene pulsos.

Otro. Habrá muerto sin duda à la fuerza de su dolor.

Esc. Retírenle : llamen al Medico luego : puede ser que vuelva en sí. Ponganle despues en Capilla , donde le consolaràn los Religiosos que le deben auxiliar.

Otro. Que lastima me causa !

Otro. Pobre Caballero !

Otro. Me mueve à compasion.

* * * * *

ACTO V.

SCENA I.

Doña Isabel ; despues Don Dionisio.

Isab. ¿Paraque me separaste de mi dueño , barbaro y cruel Ministro ? ¿porque no me dexaste morir à su lado ? todos os alegrais de mi desgracia. Todos os complaceis con mi infelicidad. Pero no , no me podrán detener los mayores obstaculos : yo misma le he de seguir hasta el suplicio. Yo le acompañaré con mi dolor , pidiendo justicia al Cielo de esta crueldad : oh mi amado tio ! ¿cómo puede Vsted sobrellevar el de estas angustias ? el oprobio y el dolor , ¿cómo no dan en tierra con su vejez ?

Dion. El Cielo que dilató mis años para verme en esta afliccion , me da fuerza para resistir el peso de tantas amarguras. Vengo de hablar con los Ministros de la causa : todos me han procurado consolar ; pero en el semblante he conocido su turbacion : ya se han juntado : à la hora de esta se hallará firmada la sentencia : no puedo andar por estas calles. Soi el blanco de toda la Ciudad : todos me miran : todos me reparan , y con lagrimas à los ojos se compadecen de mi infelicidad.

Isab. ¿A quien no enterneceran estas desdichas ? pero dexeme que vaya yo propia à encontrar à los Jueces.

SCENA II.

Don Placido y los dichos.

Plac. Señorita , donde va Vsted ? ¿es posible que se dexen llevar tanto de una passion ? ¿què dirian si la viesen por las calles ? retirese Vsted : ya no tiene remedio: su esposo està condenado à muerte.

Isab. Ay de mi ! què fatalidad !

Dion. Desdichado padre !

Isab. Por Dios , dexeme Vsted que vaya à despedirme de Don Fernando antes que muera. Dexeme que vaya à verle por la ultima vez.

Plac. Reportese Vsted ; no haga esta locura. En estos lances es menester valerse del juício.

Isab. Yo estoy fuera de mi ; nadie será capaz de detenerme.

SCENA III.

Doña Leonor y los dichos.

Leon. ¿Qué gritos son estos , Isabel ?

Isab. Ahora quedaràs contenta ; barbara

bara y fiera muger. Ahora puedes saciarte de sangre.

Plac. Por Dios, no se desconsuele.

Leon. Cómo ¿què ya està decidida la causa?

Plac. Si Señora; el Cielo satisfizo sus deseos.

Leon. Con harto dolor me arrepiento ya de mis solicitudes. En fin quise bien à Don Fernando; es fuerza que sienta su muerte mi corazon.

SCENA IV.

Don Narciso y los dichos.

Narc. Señora, ya queda Vsted vengada: alegrese; que Don Fernando acaba de morir.

Los 2. Cómo?

Isab. Ay de mí!

Dion. Qué fatalidad!

Narc. Al leerle la sentencia le sobrevino un accidente y se murió. Unos dicen que à la fuerza del sentimiento; pero lo mas seguro es que sus parientes le han envenenado dentro de la Carcel, para eximirse de la ignominia de su suplicio. Luego se ha dado parte à los Jueces, y no se sabe como la Sala lo tomarà. Sus resultas no pueden ser mui favorables: ¿pero todas lloran? qué suspension es esta? Antes deseaba Vsted tanto su muerte y ahora se lastima de ella. Siente tal vez que el castigo:

Leon. ¿Què he de sentir, cruel? sanguinario? el haber sido instrumento de tanta fatalidad. ¿Quien como Vsted serà tan inhumano que no se enterezca al ver semejantes espectaculos? Vsted tiene la culpa. Vsted me induxo à que con mis instancias acelerase este rigor.

Narc. A fé que he quedado bien lucido.

Plac. Este es el fruto que sacan los malvados de sus siniestras intenciones: ¿pero què ruído es aquel?

Leon. Oh Dios! què es lo que reparo? Don Carlos mi marido::

SCENA V.

Don Carlos y los dichos.

Carl. Esposa, hermana, amigos, ¿què suspension es la vuestra? estas paredes enlutadas, vuestro silencio, este llanto me anuncian un grave mal.

Plac. Siempre lo digo yo que Don Fernando era inocente.

Isab. Vean ahora su temeridad: estos son los efectos de la precipitacion: mi hermano vive, y Don Fernando ha muerto por causa suya.

Carl. Què dices? mi cuñado?

Dion. Si; tu primo indiciado de que te habia muerto, acabó sus dias en un apartamiento, cargado del oprobio y de la ignominia la mas horrorosa.

Oh

Carl. Oh Cielos! despues de mi cautiverio, ¿este es el contento que esperaba? su muerte es digna del mayor sentimiento: mas su honor queda reintegrado à vista de su inocencia. Voy corriendo à la Carcel. Iré à verme con los Jueces, y haré publica à todo el mundo su integridad. *Vase.*

Plac. ¿Què de cosas tan raras suceden por el mundo? parecen fingidas, y con todo son ciertas. Don Carlos sin duda fué preso por los Moros. Claro está, y todos creíamos que le habian asesinado: pero tengamos paciencia que él nos referirá todo el suceso; que à la verdad debe ser extraño.

Leon. Señor Don Narciso, confundase Vsted; vea ahora si me ha aconsejado bien.

Narc. Yo, Señora:::

Leon. Si, Vsted; vayase de mi presencia. No se atreva à poner mas los pies en esta casa. Quitefeme luego de delante.

Narc. Está mui bien.

Plac. Amigo, estos son los gages del oficio de Vsted; mas trabajo hay en ser malo, que en vivir bien.

Narc. Queden Vstede con Dios. De oy en adelante he de mudar de sistema. *Vase.*

Isab. En un Convento acabaré mis dias.

Dion. Pobre hijo! hijo desdichado! Tu moriste en fin, y tu triste padre què hará? tu eras mi unico consuelo. Tu me aliviabas con

tu cariño las incomodidades de mi vejez: ò desdichada vejez!

Plac. Consuelense por amor de Dios; ¿de que sirve el llorar continuamente?

SCENA ULTIMA.

Don Carlos y los dichos.

Carl. Isabel.

Desde à dentro.

Plac. Don Carlos vuelve muy aprisa.

Carl. Tu esposo vive aun: no ha muerto Don Fernando.

Isab. Y será verdad?

Dion. Sea alabado el Cielo.

Carl. Yo le he visto, yo le hablado: vive aun, está bueno. Queda libre. Luego vendrá à recibir entre tus brazos el parabien de su felicidad.

Leon. Cuentanos como han podido suceder tantas extrañezas.

Plac. No nos tenga en mas suspension, que rato hace que rabio por saberlo. Pero Don Fernando llega, dexemosle entrar, y despues Don Carlos nos lo referirá.

Isab. Esposo mio.

Dion. Hijo.

Fern. Denme los brazos. Finalmente el Cielo se compadeció de mi infelicidad: volvió Dios por mi inocencia: Doña Leonor, Don Placido, abrazenme todos.

Leon. Sosieguese Vsted, tranquilizese un poco.

El

Plac. El lance ha sido apretado : à poco mas que nos descuidáramos la hubiera hecho buena. Mas expliquenos este suceso , que ya estamos todos con tanta boca abierta por saberlo.

Carl. Salimos dos dias hace con mi primo à la marina , y bien lexos de reñir ajustamos nuestras amistades. Apenas Don Fernando se separó de mi quando me hallé asaltado de algunos Moros , que al abrigo de una peña esperaban disfrazados de paisanos , la oportunidad para cautivarme. Quise huir , pero fué en vano , pues me arrastraron hasta à un pequeño esquife que tenian à la orilla del mar. Con la resistencia que hice maté à uno de ellos , junto à unos escollos en donde las olas batian : me hirieron , se me cayó la capa , perdi el sombrero y dexé la espada. Ellos ocupados en el solo objeto de mi cautividad no cuidaron de recojerlos : hicieronse à la vela , y à fuerza de remos se escaparon de estas playas. Ya perdiamos de vista los collados de Mallorca , quando una calma poco favorable à sus designios suspendió nuestro viaje. Caminadas así algunas leguas encontramos los Xabeques de España , que gobernados por su valeroso Capitan pusieron en consternacion à los Moros ; è introduxeron en mi corazon los mas lisonjeras esperanzas. O Santo Dios! ya os podeis figurar quantos fervorosos suspiros dirigiria entonces al Cielo, Entre tanto , temerosos

los Moros intentaron escaparse. Advertido su grande Capitan los llama , los embiste , y ellos se ven precisados à entregarse sin la menor resistencia. Paso luego à dar las gracias à mi Libertador. Conocióme su Comandante. Me manda embarcar en uno de sus Xabeques para remitirme à mi casa. El camino que tube à la vuelta , no me fué tan propicio que pudiese llegar con la brevedad que deseaba. Por ultimo me vi oy amanecer en este puerto : salto en tierra y me encamino al instante à mi casa , en donde os hallo con la mayor afliccion ; informado de su motivo corro à la Carcel : encuentro allá à mi primo Don Fernando , que rendido à un parafismo desconfiaban los Medicos de su vida , pero restaurado ya de su accidente me acerco à él , le abrazo entrañablemente ; hablo con los Jueces , y finalmente recabo su libertad con la mia.

Isab. Què dicha !

Leon. Què felicidad !

Dion. Què fortuna !

Fern. Ya podemos respirar despues de tantos sobresaltos.

Plac. Que embustero es Don Narciso ! ¡quien le hubiere creído! él nos dixo que habia Vsted muerto.

Fern. Al principio de mi desmayo todos lo creyeron así.

Plac. Esto de indicios ya lo decia yo::: pero la sentencia fué justissima : los Jueces hicieron su deber ellos

ellos se arreglaron al espíritu de la ley.

Carl. Isabel ya es tu esposa.

Fern. ¡Oh, que mano tan suspirada!

Plac. A fé que le cuesta bien cara.

Isab. Por ultimo me puedo tener por dichosa : y reconociendo la superior providencia que gobierna to-

dos los accidentes humanos, debemos confiar en sus benignidades : y dando todos las gracias al Cielo de nuestra comun felicidad, quedemos persuadidos à que siempre defiende la virtud, y jamás abandona la inocencia.



F I N.

Barcelona: En la Imprenta de Carlos Gibért y Tutó,
Impresor y Librero.